

# CARLOS GAVIRIA DÍAZ

PENSAMIENTO, PALABRA, OBRA Y OMISIÓN

Fotografía Diego González

*Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo.*

Ludwig Wittgenstein

ANA  
CRISTINA  
RESTREPO  
JIMÉNEZ

**M**edellín, algún día de 1942. Esta historia comienza con un niño que sale a las volandas de la casa de sus abuelos y, sin atisbar, atraviesa una calle del barrio Manrique.

Antes de entrar al café de la esquina, amarra los cordones de sus botines Reysol, se sube las medias y compone las cargaderas de sus pantalones cortos. Desde un resquicio de la puerta, recorre el lugar con la mirada: ya le contaron que por ahí anda Carlos, su padre. Una vez más, con una copa en la mano, se arma de coraje para pedirle cacao a su exmujer.

(Ella, maestra de escuela, ha aprendido bien la lección: no aceptar las propuestas de ese hombre inestable, desadaptado).

*¡Velo!*

Carlos, de cinco años, se apresura al encuentro de aquel amado desconocido. Se sienta sobre sus piernas.

—La próxima vez, te voy a traer un regalo: ¡te voy a dar un tigre-cito!— promete el padre.

**Roldanillo, 13 de febrero de 1944.** Carlos Gaviria Arango, reportero del *Diario del Pacífico*, reside en el Valle del Cauca. Fiel a su vida bohemía, ese domingo en la tarde entra a una cafetería, pide una cerveza y vierte veneno en el vaso. Bebe.

No deja ninguna carta.

**Bogotá, 20 de marzo de 2014.** Sobre un viejo sillón, un hombre de cabello abundante y canoso, con la barba plateada, lee en voz baja:

Fue príncipe en los días de mi infancia  
de donde regresó con las manos vacías  
y el miedo en la frente.

Lo esperábamos hasta la tarde  
mientras él se hundía en la noche  
lejos [...].

¿Quién no sabe quién es Carlos Gaviria Díaz? doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Magíster en Derecho de Harvard. Profesor y decano de la Facultad de Derecho, vicerrector de la Universidad de Antioquia. Fundador del Instituto de Estudios Políticos del Alma Máter. Magistrado de la Corte Constitucional. Senador de la República. Candidato presidencial. Etc.



\*\*\*

En un pueblo de la provincia de Álava, en el País Vasco (España), echó raíces el árbol genealógico de la familia Gaviria. Carlos Gaviria Troconiz fue la semilla que vino a germinar en Antioquia.

De ese linaje procede Carlos Gaviria Díaz, quien nació el 8 de mayo de 1937, en Sopetrán. A los tres años, partió con su familia a vivir en Medellín.

Nieto de Carlos Gaviria Blair e hijo de Carlos Gaviria Arango, su familia mantenía dos tradiciones: el primogénito siempre llevaba el nombre del padre y, al nacer, recibía un copón de plata.

María de la Paz Díaz, Maruja, su madre, estudió para ser maestra en el colegio de María Auxiliadora. Fue compañera de pupitre de una niña curiosa y rebelde, a quien años después le prohibirían entrar a misa. Se llamaba Débora Arango.

Maruja se casó muy joven. Pronto se separaría de quien fue el padre de sus tres primeros hijos (dos mujeres y un hombre): Carlos Gaviria Arango, periodista empírico y escritor, que editorializó en diarios como *El Colombiano* (Otto Morales Benítez dedicaría a su memoria una de sus columnas, *Vientos contrarios*).

Tras la separación, Maruja se vio obligada a trabajar en escuelas rurales, y solo regresaba una vez a la semana. Los abuelos maternos se encargaron de la crianza del pequeño Carlos.

Los más gratos recuerdos están al lado de su abuela, Ana Holguín, “una mujer de primeras letras, con una personalidad brillante y muy tierna”. El abuelo, Fernando Díaz, abogado empírico, solía levantarse declamando en voz alta versos de Quevedo; en su pequeña biblioteca había obras como *El jorobado de Nuestra Señora de París*

y *Los Miserables* de Víctor Hugo, o *El jorobado o Enrique de Lagardère* de Paul Feval.

Carlos no aprendió a leer en cartilla como los demás niños, su madre lo aperó con algunos secretos de maestra y con un libro para desentrañar en soledad: *Nuestro lindo país colombiano* de Daniel Samper Ortega. En su memoria permanecen las descripciones de Caño Cristales y la analogía de Colombia como una privilegiada casa de esquina. Leyó muy poca literatura infantil: *El mono relojero*, de Constancio C. Vigil, *Pulgarcito y Cuentos de hadas orientales*; y desde muy chico se acercó a los libros para adultos, como *Príncipe y mendigo* de Mark Twain.

Los Díaz cultivaban la tradición de la lectura en familia: al caer la noche, la abuela y la madre se sentaban en la sala y se turnaban para leer en voz alta. En una oportunidad, interrumpieron la lectura de *El mártir del Gólgota* de Enrique Pérez Escrich: “Ustedes deben ir a acostarse porque vamos a leer cosas que no son para niños”. Era el capítulo de María Magdalena.

No obstante, jamás escondían libros. Se procuraba por el respeto del pensamiento liberal: el día de elecciones en 1942, la abuela Ana —loquista hasta la médula— le preguntó a su hija: “Maruja, ¿votaste?”; “Sí, claro”, respondió; “¿Por López?”, curioseó la madre; “No, por Carlos Arango Vélez [candidato disidente del liberalismo]”, dijo la maestra sin temor al reproche.

En la casa de Manrique había dos habitaciones y un salón, donde se reunían en torno al radio. Cada noche, a las siete en punto, rezaban el rosario y después escuchaban el radio-periódico *La Noticia*, en la frecuencia de Ecos de la Montaña, con sus despachos sobre los delincuentes que iban a parar a “la terrible colonia penal de Araracuara”, en Caquetá.

Cuando Maruja se casó por segunda vez, con un empleado de la Cervecería Unión, la familia se mudó para Itagüí, donde nacería su cuarta y última hija.

A los nueve años, Carlos conoció las aulas escolares, entró a cuarto de primaria. Desde el sur del Valle de Aburrá, pedaleaba en su bicicleta hasta el colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana. Su carácter solitario y su reticencia a integrarse con grupos heterogéneos evitaron que disfrutara la etapa escolar.

Una de sus grandes pasiones era jugar fútbol. Nada de *picaítos* callejeros: su espacio deportivo era el colegio. En los recreos no soltaba la pelota y, como en el poema de Helí Ramírez, Carlos era “alero” derecho. La alineación de su equipo escolar estaba configurada por un portero, dos defensas, tres medios y cinco delanteros.

En este fragmento del relato, desaparecen las canas y la barba, los mocasines formales de cuero se transforman en guayos, y la camisa Tommy Hilfiger de puños, perfectamente planchada, en una camiseta desaliñada. Narra un Carlos de doce años: “Los de Primero A, que éramos los más niños, nos enfrentamos contra Primero C. Ellos tenían con qué golearnos y, efectivamente, lo hicieron. Pero, a los cinco minutos de comenzar el partido, yo hice un gol: ¡sentí una de las emociones más grandes de mi vida! Chuté la pelota a un defensor del equipo de Primero C [sigue con los ojos el trayecto del balón añorado], tiré al arco, y ¡GOOOL!”.

El árbitro no se preocupó por ocultar ante el resto del colegio su carga a favor de los chiquitos, y sin mayor disimulo le susurró al crack de Primero A: “Tírese en el área que yo le pito penal”.

Pero Carlos no fue capaz.

En aquel escenario remoto se configuraba la ética del adulto: “Hablar de juego es hablar de reglas. Porque si bien la sociedad tiene reglas que permiten y facilitan la convivencia, el juego son las reglas que lo constituyen, como quien dice el juego son las reglas por antonomasia. Jugar, entonces, es observar reglas, y eso lo hemos olvidado los colombianos”, escribiría en el libro *Juego limpio* (Ediciones Nuevo Milenio, 1998).

Cuatro goles en contra y uno a favor, el marcador de antología.

Gaviria lamenta que en Antioquia el buen comportamiento esté vinculado a preceptos religiosos y no a la observancia de las normas de mayor trascendencia.

Su relación con las religiones —la cual perdura, mas no a través de la profesión de fe— tiene origen en una niñez y adolescencia piadosas.

En sexto de bachillerato llegó a ser el director del periódico *Acción*, de la Acción Católica de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Años después, su exprofesor, Horacio Quijano, le diría: “¡Hombre, saber que cuando leía sus editoriales a uno le provocaba arrodillarse!”.

Estaba muy joven cuando aceptó la invitación de Octavio Arismendi, entonces estudiante de Derecho de la Universidad de Antioquia, para asistir a reuniones del Opus Dei. Muy pronto dejó de frecuentar el grupo.

El colegio organizaba ejercicios espirituales antes de la graduación. En el momento de la confesión, frente al rector de la universidad, Félix Henao Botero, Carlos sintió que había perdido la fe. Monseñor lo consoló: “Te falta mucho camino por recorrer. No te preocupes que esa fe la vas a recuperar”.

La fe nunca regresó. El joven rompió con la Iglesia. Y con el dogma.

Al mismo tiempo, entre una serie de epifanías, el diálogo *Eutifrón o de la piedad*, de Platón, lo estremeció con un complejo planteamiento: ¿Cómo es posible fundar una conducta coherente y sólida sin la necesidad de apelar a la presencia de Dios?

Pero, tal vez, el episodio fundamental en el proceso de extinción de sus creencias fue cuando decidió no estudiar la carrera en la Bolivariana. Su profesor de historia, Jaime Betancur Cuartas, solía cuestionar a sus pupilos sobre diversas lecturas: “¿Usted qué opina de la personalidad de Bolívar? ¿Y de Santander?”.

Después de exponer la creación de los partidos, el maestro los exhortó a defender los principios de los mismos. Por su manera de pensar, a Carlos lo adscribieron al Partido Liberal, y a su amigo Víctor Rodríguez, al Conservador. Sostuvieron un respetuoso debate.

De nuevo, debió enfrentar a monseñor Henao, esta vez en su despacho: “Usted ha



Fotografía Diego González

No tengo pruebas de la existencia ni de la inexistencia de Dios. Soy agnóstico. Lo que me queda claro es que Dios o la creencia en un ser trascendental no puede ser el fundamento de las reglas de comportamiento.

pronunciado una catilinaria impía. Ha citado autores impíos como Rafael Uribe y Luis Eduardo Nieto Caballero: ¡Estamos en una universidad católica! ¡Respete esa tradición!”.

Al culminar la secundaria, obtuvo la medalla de la Gobernación de Antioquia al mejor bachiller, podía ingresar becado a la UPB; sin embargo, aquella conversación con el rector lo motivó a tomar el examen de admisión en la Universidad de Antioquia.

Carlos Gaviria no es ateo: “No tengo pruebas de la existencia ni de la inexistencia de Dios. Soy agnóstico. Lo que me queda claro es que Dios o la creencia en un ser trascendental no puede ser el fundamento de las reglas de comportamiento”. Tampoco es un irreligioso dogmático, acude al templo a misas exequiales y respeta a quienes atienden el culto. “Jamás trataría de disuadir a alguien que viva su religiosidad de manera rigurosa”.

De las religiones, aprecia el rito como fuente de belleza —el canto gregoriano, una fuga de Bach en el órgano de una catedral—. Considera

que el gran problema en la concepción de lo divino tiene un origen común: la tendencia, tan humana, a ver en las fuentes de belleza fuentes de verdad.

—¿Es posible la experiencia mística en un agnóstico o un ateo?

—Creo que sí. No hay que entender por místico únicamente lo emocional derivado de la creencia religiosa sino, como diría [Ludwig] Wittgenstein, lo derivado de experiencias que no se pueden contar con palabras, que no se pueden decir. Uno puede tener esa experiencia escuchando un concierto, leyendo un poema.

Para Gaviria Díaz, esa exaltación también es posible con algunos deportes, cuya dimensión estética es para él indudable.

La primera vez que presenció un partido de fútbol fue en el estadio de San Fernando (antiguo hipódromo), en Itagüí. El Medellín (todavía no era “Deportivo Independiente”) venció al Aucas, de Ecuador, ese tres a dos marcó el comienzo de una sólida relación con El Poderoso, devoción que después inculcó en su hijo, desde las tribunas del estadio Atanasio Girardot.

Pero no, él no es un hincha desbordado: nunca ha anhelado tirarse a la cancha a rematar un pase ni ha soñado con tener el número del celular del director técnico del DIM. Recuerda a su compañero de docencia, Jaime Sanín Greiffenstein, hincha furibundo del Atlético Nacional, con quien solía ir al estadio; aquel “intelectual extraordinario, profesor racional, contenido”, solía transformarse en medio de la multitud: “¿Árbitro no sé qué: ¿no tenés rojas o qué?!”.

El corazón del apartamento es la biblioteca, vigilada por dos gigantes: Ludwig Wittgenstein y Jorge Luis Borges. Los libros de Carlos ya no caben en Bogotá, ni en su hogar en El Poblado, ni en su estudio del barrio Malibú.

Los mejores partidos a los que ha asistido se jugaron en Buenos Aires: Boca Juniors vs. River Plate, primero en La Bombonera, y luego en el Estadio Núñez.

—Por lo que me conoces, ¿de quién seré hincha, Anita?

“Con tu enseña victoriosa que es de oro y cielo azul [...] Boca es nuestro grito de amor”. ¡No podría ser otro!

\*\*\*

El ingreso a la Universidad de Antioquia condenó —poco a poco— a sus guayos al clóset.

Su grupo social en el Alma Máter era muy reducido. Antonio García Piedrahita y Édgar Tobón fueron algunos de sus amigos más cercanos. Durante la época universitaria tuvo una sola novia, quien además de gran amiga fue su compañera de estudio.

Entre sus maestros evoca con especial aprecio a Francisco Rodríguez Moya: “Lo admiraba tanto que me propuse aprender a fumar por él. Rodríguez Moya ponía a la derecha una cajetilla de cigarrillos Camel, y a la izquierda una de Piel Roja. No apagaba el cigarrillo, solo cambiaba del tabaco negro al rubio. Fumaba delicioso, ¡pero yo no pude!: ensayé con todo, pero fumaba y salía a lavarme las manos y cepillarme la lengua con un cepillo de dientes. No me aguantaba el olor a nicotina”.

Las lecturas académicas y personales formaron a Carlos Gaviria en la tendencia filosófica del positivismo jurídico. Una vez empezó a enseñar en Derecho, despertó una fuerte oposición en dos sectores: los católicos fanáticos y los marxistas emergentes. Sus búsquedas intelectuales no eran las habituales en su entorno universitario; en 1972, cuando regresó de Estados Unidos, pocos conocían a Ludwig Wittgenstein.

—¿Cómo llegas a Wittgenstein y Russell?

—Empiezo a estudiar el iusnaturalismo, el positivismo. Soy un enamorado del rigor: encuentro que los planteamientos positivistas son muy rigurosos, y los iusnaturalistas no. Empiezo a meterme en

autores que, sin haber escrito directamente sobre la filosofía del Derecho, inspiran una tendencia como el positivismo jurídico: llego a Bertrand Russell, quien indujo a Wittgenstein a estudiar filosofía y luego fue su examinador, a pesar de que tuvieron grandes diferencias.

—¿Cuál es el asunto en particular que te ayudan a esclarecer?

—Me obsesiona la conducta moral: qué es bueno y qué es malo (de ahí mi amor por Wittgenstein), ese es un problema que a uno no se lo puede resolver nadie. Los problemas de la física y de la matemática te los resuelve alguien, pero el ético, ¿qué sentido le doy yo a mi vida?, eso lo resuelve uno solo.

—¿Has sentido algo parecido a la soledad ideológica?

—La he asumido más con sorpresa que como tragedia.

¿Y la soledad, a secas?

—Comparto con Borges la idea de que lo horrible de una cárcel no es estar solo sino no poder estar solo. Vivo la soledad de una manera dichosa porque sé que puedo salir de ella con facilidad.

En 1987, cuando impartía la cátedra de Filosofía del Derecho, considero tomar un año sabático para dedicarse a escribir un libro sobre el saber, virtud y poder en Platón. Fue entonces cuando sucedió la tragedia que cambiaría su vida: el asesinato de su amigo Héctor Abad Gómez. En medio de la zozobra, Carlos Gaviria partió para Argentina.

Desde aquella época ya trabajaba en la obra *Mito o logos* (Luna libros, 2013), en la cual reflexiona si es el pensamiento o la poesía, la emoción o la razón, lo que debe prevalecer para resolver los enigmas humanos.

—Escribiste sobre Platón, pero en repetidas oportunidades has dicho que Sócrates es tu norte. ¿Por qué?

—En primer lugar, por la claridad de Sócrates; en esto lo relaciono con Wittgenstein: para él la claridad no es un medio sino un fin en sí mismo. Y en segundo lugar, la virtud de la lógica: la claridad mental y la ética, la persona debe decir, pensar y hablar de una misma manera. Una virtud muy escasa en la política.

El derecho le ha interesado como objeto de contemplación, no tanto así desde la praxis. Sin

embargo, ejerció la profesión en los campos administrativo, civil y penal, en una oficina que tuvo con Orlando Mora, Ramiro Rengifo y Efraín Vélez.

\*\*\*

En 1967 viajó a estudiar un curso de Derecho Público Comparado en la Universidad de Madrid. En una fiesta de colombianos conoció a una estudiante de psicología, de quien ya le habían hablado en Medellín: María Cristina Gómez.

Ella, novia de un argentino; Carlos, de una chilena.

Una excursión familiar de verano se llevó lejos a la “polola” del joven abogado, que pronto buscó compañía.

Invitó al teatro a la chica de la fiesta. Después de la obra, regresaron a pie hasta la Plaza del Marqués de Salamanca, no hacían sino conversar. Cuatro meses después se casaron: “Fue el noviazgo más *zanahorio*, María Cristina era profundamente católica, y yo muy respetuoso de sus creencias y costumbres”.

A esa conversación, que ha durado cuarenta y siete años, se unieron las voces de cuatro hijos (Natalia, Ana Cristina, Carlos y Ximena) y seis nietos.

\*\*\*

Carlos Gaviria vive en Medellín con su familia. Y en Bogotá, con sus libros.

Cuando abre la puerta de su apartamento en el Chicó, recibo un impacto súbito: la mirada de *El Cardenal*, un afiche del retrato renacentista pintado por Rafael. De la sala provienen las notas de una sonata para piano y, a medida que me acerco a la fuente sonora, me interno en un mundo personal, que configura y define el ser individual.

En el piso, una canasta llena de corchos de botellas de vino (alguna vez Carlos temió que se acabaran los alcornoques del planeta); sobre el sillón de lectura, *El Espectador* y *Semana*; por allá, un mapamundi; por allá, unos viejos casetes del curso “Despegue en portugués”. Una botella de vino Montes Alpha y una caja de trufas sobre el comedor. Muchas obras de arte: un grabado insólito de Fernando Botero, un par de paisajes originales de Eladio Vélez, y la más sublime: una fiel reproducción (mediana) de *Mujer con sombrero*, del fauvista Kees van Dongen.



La *Revista Universidad de Antioquia* me parece la publicación cultural más importante de Colombia. Me gusta mucho *El Malpensante*, pero la mejor es *Universidad de Antioquia*: aquí la tengo separada, acabo de leer un comentario maravilloso a la obra de Piedad Bonnett [escrito por Asbel López].

Descargo mi maleta de viaje y me detengo para observar un mueble con decenas de copas de distintas formas y materiales, desde jade hasta cristal de Murano pasando por una belleza azulada que más parece una porcelana de Limoges.

Con Carlos Emilio murió la tradición Gaviria de recibir un copón de plata al nacer, pero eso poco o nada tiene que ver con su colección. Con delicadeza, me muestra su copa predilecta, de San Telmo (Buenos Aires), hace una señal de silencio. *Sbbb*. Le da un golpecito con una cuchara de té.

Improvisa una especie de opus cristalina, un breve concierto de cuchara y copas que como campanas invertidas tañen con la esperanza de embriagar a su dueño con algún buen licor.

Sobre el aparador de las copas brilla un objeto decorativo: es una página de plata del Corán, cuyas inscripciones están escritas en árabe; se la regaló el máximo jefe espiritual islamista en Siria, cuando atendió una invitación especial —como candidato presidencial— del cónsul general del Líbano en Colombia. Carlos desconocía el significado de las inscripciones.

“Son los 99 nombres de Dios en el Islam, y en el centro hay una parte del capítulo del exilio, surat al-Hashr, que dice algo como “Él es Alá y no hay otro dios fuera de Él”, me explica la profesora Manuela Ceballos, estudiosa del Corán. Y me da un consejo para el dueño de la placa: “El nombre de Dios no debe tocar el suelo, ni nada que tenga *ayas* (versos) del Corán”.

A mi advertencia, responde: “El reguero de libros en el suelo te habrá dicho que no soy musulmán y que hace tiempos que perdí el paraíso. Pero es que ese es mi paraíso, y no aspiro a otro”. Carlos dice que “apenas” puede recitar de memoria unos pocos poemas muy bellos, que pueden llegar a ser cien, y los repite para sí mismo, “al modo de los sufíes”.

De repente, como buen *russelliano*, reconsidera sus argumentos: “Miento, Anita. Ver mis libros, que tanto amo, dispersos en el suelo, es para mí un infierno, pero no tengo alternativa. Tengo la esperanza de que Alá entienda mi situación y me perdone”.

El corazón del apartamento es la biblioteca, vigilada por dos gigantes: Ludwig Wittgenstein y Jorge Luis Borges. Los libros de Carlos ya no



caben en Bogotá, ni en su hogar en El Poblado, ni en su estudio del barrio Malibú.

La biblioteca se convierte en una caja de resonancia polifónica en la cual todos los libros hablan a través de Carlos. Con un orden pasmoso, señala los anaqueles: historia, economía, política y sociología, derecho y literatura. Su época literaria más querida se ubica en la Viena de Wittgenstein, de entreguerras: Arthur Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal y Elías Canetti.

Ediciones repetidas de *Retratos de memoria* de Bertrand Russell (esta es muy bonita, esta me la dio un amigo, cómo salgo de esta...), Wittgenstein en varios idiomas (Carlos lee alemán, italiano, francés e inglés), y llegamos al que considera su gran tesoro: *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler. Emocionado, lee en voz alta la frase de cierre: “*Ducunt fata volentem, nolentem trahunt*”: “El destino conduce a quien se somete y arrastra a quien se resiste”, la misma que le escribió Séneca a Lucilio.

Carlos es mal lector de autores de moda y *best sellers*. Concibe la experiencia intelectual como individual, una aventura solitaria. Nunca se ha sentido atraído por los grupos de estudio: “¡Otra cosa es cuando a uno lo seduce algo que ha estudiado y quiere compartirlo con la gente que uno quiere!”.

Con nostalgia, recuerda la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Hace casi treinta años, cuando Internet no existía, encontró en sus anaqueles *Pensadores griegos* (Griechische Denke) de Theodor Gomperz. Día y noche tomaba notas presionado por la fecha de devolución. En la víspera de su regreso de Argentina, en una anticuaría de la Calle Libertad, se topó con los tres tomos que hoy representan una época crucial en su vida.

Entre tantos poetas que admira, destaca a Idea Vilariño, por lo desgarradora que es su obra amorosa, fruto de su relación difícil con Juan Carlos Onetti. Separa un poema de la uruguayaya (bastante cercano a su querido Wittgenstein):

Qué puedo decir  
Ya  
Que no haya dicho  
Qué puedo escribir  
Ya

Que no haya escrito  
Qué puede decir nadie  
Que no haya  
Sido dicho cantado escrito  
Antes.  
A callar.  
A callarse.

Sobre su escritorio está el libro *Paranoia. La locura que hace la historia*, del psicoanalista junguiano Luigi Zoja, el cual presentará al día siguiente.

—Descreo del psicoanálisis como terapia, me parece una perspectiva muy bella para analizar el arte y la historia —afirma, mientras señala en los estantes las obras de Sigmund Freud y de Wilhelm Stekel—. No creo en su capacidad curativa: es una estafa. (Las discusiones que sostiene con su amigo, el psicoanalista Juan Fernando Pérez, han de ser como para alquilar palco).

—¿Será que hay lecturas perdidas?

—En eso soy borgesiano: hay que ser hedonista en las lecturas. Cuando piensa que el libro es frívolo, que su contenido no vale la pena y la forma tampoco, lo que debe es prescindir de él inmediatamente y elegir lecturas donde uno nunca se pierda. Nunca me siento perdiendo el tiempo cuando leo.

\*\*\*

Una mirada fugaz al rincón más íntimo: su alcoba.

En un costado de la cama doble, está una pequeña reproducción del *Cristo crucificado* de Diego Velásquez, que alguna vez le trajo a su madre del Museo del Prado.

Es un cuerpo limpio y solitario, cuyo rostro no revela agonía sino la placidez del sueño de quien presente que va a resucitar. Es el retrato de la confianza en el Padre. “Vela el Hombre desde su cruz, mientras los hombres sueñan”, escribió don Miguel de Unamuno, como si hubiera entrado a hurtadillas en esta habitación.

—¿Has lamentado con intensidad la ausencia de tu padre?

—Nunca había pensado eso. Lo que significa que, posiblemente, nunca lo he lamentado mucho. Me nutría con la imagen que tengo de mi padre: por una parte, la muy efímera que me formé en los momentos en que lo traté directamente, que tuve contacto físico; y por otra, por la leyenda que

había en la familia: una persona inteligente, libre (hasta libertina). Cuando murió, el golpe para mí no fue muy fuerte pues no vivía con nosotros. Yo advertí que algo nos estaban ocultando, hasta que logré averiguar que era un suicidio, una cosa tan rechazada socialmente.

—¿El suicidio es para ti una opción?

—En el plano personal, no lo deseo fervientemente, tampoco lo descarto. Siempre he considerado el suicidio como una posibilidad, una muy digna. Si el derecho fundamental inalienable es el derecho a vivir, y el derecho no puede ser entendido como una obligación, yo tengo el derecho a vivir y no la obligación de hacerlo. Un derecho en igual jerarquía es el derecho a no vivir.

\*\*\*

Carlos Gaviria incursionó muy tarde en la política. En 2002 dejó atrás treinta años de docencia universitaria y, precedido por su prestigio como magistrado —con sentencias como la despenalización de la dosis personal y de la eutanasia—, llegó al Senado.

Sin intención de entrar en la contienda electoral, con Lucho Garzón participó en la fundación de un partido político de izquierda democrática: el Frente Social y Político. Un sábado en la tarde, en el apartamento del Chicó, Enrique Borda, Daniel García Peña y el mismo Garzón le pidieron al exmagistrado que asumiera la candidatura del partido.

—¿Por qué aceptaste?

—Por falta de carácter —responde sin vacilar.

El Banco Santander le prestó \$120 millones para la campaña y durante siete semanas visitó algunas ciudades. Obtuvo 115 mil votos, la quinta votación más alta para el Senado en 2002.

Cuatro años después, en las elecciones presidenciales, se logró la unidad de los sectores de izquierda: en consulta popular abierta se eligió un candidato único entre Antonio Navarro Wolff y Carlos Gaviria Díaz. Contra todo pronóstico, el profesor antioqueño ganó la consulta.

Ser candidato a la Presidencia de la República significó renunciar a sus hábitos de soledad entrañable, a las siestas después de almuerzo. En campaña, salía a las 5 a.m. y llegaba fatigadísimo a las 11 p.m.: ruedas de prensa, almuerzos colectivos (¡y con discurso!), entrevistas a medios de

comunicación, concentraciones en plazas públicas, cenas irrenunciables.

El ejercicio de la política despertó en él una inhibición ética y lógica. Para los discursos en plaza pública, siempre llevaba un derrotero básico: situación de los estudiantes, de los sindicalistas, de las mujeres, de los indígenas. Y casi siempre terminaba de una forma “terrible” (bajo su implacable autojuicio crítico): se daba cuenta de todo lo que le había faltado mencionar y, ante todo, de lo complicado que es ajustar el discurso, en términos de comprensión, para un público más amplio: “Hoy me avergüenzo de mis primeros discursos, tan académicos, frente a cultivadores de papa”.

Estableció una de las relaciones más complejas con los publicistas de la campaña, quienes buscaban alterar su fisonomía, su voz... hasta el último detalle. En sus encuentros con ellos pensaba en la confrontación ideológica que pierde ante la imagológica, la cuestión que aborda Milán Kundera en *La inmortalidad*.

Es curioso descubrir que Gaviria es de los pocos políticos que ha diseñado por sí mismo el eslogan de su campaña, “Construyamos democracia, no más desigualdad”.

Para él, la política es el arte de la simulación: “Es una actividad tan irracional que tú te das cuenta de que los hábitos mentales y emocionales que cultivas en la academia —el pensamiento coherente, responsable, ilustrado, bien respaldado— en la política son una desventaja”.

En las elecciones presidenciales de 2006 consiguió la votación más alta de la izquierda en toda su historia: 2'623.000 votos. Haber perdido la presidencia no fue un fracaso, puesto que “el éxito se mide con base en las metas que cada cual se traza”, entre las suyas no estaba llegar al poder.

Año 1974. Carlos dicta la cátedra de Hermenéutica Jurídica en la Universidad de Antioquia. Un día, uno de sus pupilos se le acerca: “No podré asistir a clase, tengo una reunión en el Directorio Liberal”.

—Cuénteme: ¿Usted qué quiere ser en la vida? —pregunta el profesor.

—Presidente de la República —responde sin titubear.

—Usted va a ser presidente, Álvaro, está organizando todos sus esfuerzos y talentos hacia esa meta —dice el maestro, después de conceder el permiso.

[La política] es una actividad tan irracional que tú te das cuenta de que los hábitos mentales y emocionales que cultivas en la academia (...) en la política son una desventaja.

En el cargo de gobernador de Antioquia, el alumno condecora a su maestro.

Años más tarde, durante la campaña presidencial, el alumno no asiste a ninguno de los debates con su maestro.

\*\*\*

Damón de Atenas, maestro de Sócrates, fue uno de los primeros pensadores que estableció un vínculo entre la música y la formación del etos.

Regresamos a la sala, mientras conversamos sobre la relación tormentosa entre Jacqueline Dupré y Daniel Barenboim. Carlos hurga en su discoteca, donde la serenidad barroca del clavecín convive en armonía con el atrevido bandoneón de arrabal.

“Lloro con mucha frecuencia, pero no de tristeza”, me advierte antes de sentarse a mi lado.

Elige la ópera *Nabucco* de Giuseppe Verdi. Suena *Va pensiero*: “Oye esto, Anita, lo cantan mientras van en un barco escapando”.

*Va, pensiero, sull'ali dorate; va, ti posa sui clivi, sui colli, ove olezzano tepide e molli l'aure dolci del suolo natal!*

Las cuerdas frotadas se transforman en olas, sentimos la cadencia de los remos fugitivos que luchan contra la furia del mar. Las voces del coro ascienden. Carlos apoya los codos en las rodillas y se quita las gafas. Quién sabe a dónde vuelan *las alas doradas* de su pensamiento. Con la palma de las manos se seca los ojos.

Revive el día en que Italia celebró su aniversario 150, en la Ópera de Roma, con la representación emblemática de su unificación: *Nabucco* de Giuseppe Verdi, bajo la dirección de Riccardo Muti. Entre el público estaba el primer ministro Silvio Berlusconi, ya con cargos de corrupción en su contra.

Los asistentes empezaron a cantar los coros de *Va pensiero*, “*Oh mia patria sì bella e perduta! Oh membranza sì cara e fatal!*”. Muti le dio la

espalda al escenario y, en comunión con el público, comenzó a dirigirlo: “Cantemos todos que en este momento —cuenta Carlos con la voz quebrada— Italia lo necesita”.

Su melomanía es de vieja data. Entre 1953 y 1955 perteneció a una “peña literaria” para comentar libros, declamar y oír música. Hacía “paliqueo” con Irene Zapata, Jaime Jaramillo Panesso, Darío Ruiz, Guillermo Henao, Fabio Rodríguez, Enrique Molina, Jairo Álvarez y Fidel Restrepo. “Carlos siempre fue un sabihondo del tango”, afirma Jaramillo Panesso.

Los integrantes de la peña solo bailaban para patrocinar el tabloide *Movimiento*. Organizaban bailes típicos en las casas de los amigos, las cuales decoraban con matas de plátano y, disfrazados de campesinos, con sombreros y alpargatas, se movían al ritmo de pasillos, bambucos y boleros.

*Movimiento* salía de la tipografía de los salesianos, con columnas sobre cine, artes plásticas y literatura. Las tendencias políticas universitarias de los integrantes acabaron con la peña y el tabloide, y cada quien tomó su rumbo para militar en distintos partidos.

Si en algún campo Gaviria puede ser definido como un demócrata es en la música: del éxtasis ante la grandeza de las composiciones de Franz Schubert y Johannes Brahms, o las interpretaciones de Friedrich Gulda y Sviatoslav Richter, pasa al asombro con *La Cucharita* de Jorge Veloza, *La pollera colorá* de Wilson Choperena, *Carmen de Bolívar* de Lucho Bermúdez, o *Cuatro preguntas* de Eduardo López.

Nuestra conversación es interrumpida cada vez con más frecuencia: es oficial la primera destitución del alcalde de Bogotá, Gustavo Petro, y los medios, frenéticos, quieren la opinión experta del exmagistrado. A todos les responde con cortesía que prefiere abstenerse. Solo se extiende en explicaciones y precisiones jurídicas con Héctor Abad Faciolince.



Carlos Gaviria y su esposa, María Cristina Gómez, archivo familiar

\*\*\*

Bajamos a los garajes del edificio, se abre el ascensor y, de inmediato, aparece José Eliodoro Rubio, “Lolo”, la sombra de Carlos Gaviria desde hace veinte años. Dos carros blindados y varios guardaespaldas integran su esquema de seguridad.

Nos dirigimos al apartamento de un viejo amigo suyo, profesor y poeta.

No demoran en entrar en materia. Sirven el whisky y declaran su preferencia por Carlos Gardel seguido de Roberto Goyeneche. Gaviria entona la canción que quiere escuchar, cuyo nombre no acude a su memoria: “Estás desorientado y no sabés/ Qué bondi hay que tomar, para seguir...”.

“*Desencuentro*”, dice su amigo.

“Amargo desencuentro/ Porque ves que es al revés./ Creíste en la honradez y en la moral/ Qué estupidez”, cantan juntos mientras buscan el acetato y hablan de los compositores de tango y su conexión con los poemas de Rubén Darío.

Gaviria evoca aquella oportunidad en que Roberto Rufino vino a Medellín: en Calatrava, la finca de sus suegros en las afueras de Itagüí, el cantor argentino, en compañía del Coco Potenza, interpretó todo lo que le pidieron desde las ocho de la noche hasta las cinco de la mañana. Perla, su mujer, lo regañaba: “Tenés compromisos con

la Casa Gardeliana, Roberto, estás desgastando la garganta”. Y él contestaba: “¡No estoy cantando con la garganta sino con el alma!”.

De repente, los acetatos suenan solos. Nadie les hace coro a los cantores. Se siente el crujir del piso de madera.

Carlos toma un sorbo de whisky. Se levanta del viejo sillón y mira a “Lolo” por la ventana. Coge el libro escrito por su anfitrión, David Jiménez Panesso, y relee su poema “Retrato del padre”.

En sus cartas habitaba  
un alma más dulce  
pero su cuerpo la guardaba de nosotros  
Nunca vi sus ojos  
de bebedor silencioso  
hasta la tarde en que sombrío  
los cerró por fin en casa.

Esta historia termina con un hombre que sale a las volandas de la casa de un amigo en el barrio Chapinero. Un prolongado silencio lo confirma: Carlos Gaviria ha llegado a su límite. ■

---

Ana Cristina Restrepo Jiménez (Colombia)  
Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.